

# LA PRIMERA ANTOLOGÍA DE MARIO LÓPEZ: UNA EDICIÓN POÉTICA DE LA REAL ACADEMIA DE CÓDOBA

MANUEL GAHETE JURADO  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

“Hay pues poesía y poeta”<sup>1</sup>. Con estas palabras autógrafas, Vicente Aleixandre abre en los ojos de un anhelante sentidor el universo contenido de la emoción poética. No es que no supiera Mario López que en su interior bullía toda la fuerza de la vida, la imperiosa atracción del paisaje, el dolorido sino de mudanza del tiempo; era la confirmación útil de un peso pesado de nuestra poesía contemporánea apostando por ese interesante joven valor de *Cántico*, cuyos versos sencillos, sugeridores y plásticos se mostraban empapados por “un penetrante sentimiento de la naturaleza”<sup>2</sup>; versos donde se podía “percibir el hálito de la tierra cordobesa”<sup>3</sup>, donde era “palpable la autenticidad de los motivos inspiradores”<sup>4</sup>.

Pero no solamente Aleixandre advirtió en la poesía de Mario la cálida autenticidad y la intensidad lírica que él sabe infundir a su palabra; ese conocimiento esencial del paisaje y los hechos cotidianos de nuestra existencia que sólo un poeta puede vislumbrar: “Yo creo que la verdadera poesía cuando canta a la tierra, sale de la tierra misma y su mensaje de luz es captado a través de un *médium* que llamamos poeta”<sup>5</sup>.

Otros muchos habían captado ese poderoso instinto telúrico y horaciano que, despertándose en las regiones del Sur, la magia de los versos de Mario López había sabido universalizar; “versos que, en cualquier caso, sólo pretenden recoger de algún modo la palpitación lírica de nuestra tierra andaluza a través del reducido ámbito de ‘ese pueblo cualquiera del Sur de España’ donde me correspondió nacer y vivir con la autenticidad de mi sangre de hombre en íntimo diálogo con su circunstancia. Circunstancia de paisaje y aliento de humanidad, en un clima de contrastes tan definidos como los de esta tierra del muro blanco y el cielo turquesa, del sol y la sombra en los tendidos de los ruedos y también de la realidad y los sueños, entrelazados, en el corazón de quien la habita.”<sup>6</sup>

<sup>1</sup> Fragmento de la carta autógrafa que Vicente Aleixandre dirige a Mario López el día 20 de febrero de 1948.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> Entrevista realizada a Mario López por Rafael Vargas, en el libro *Entre el sueño y la realidad (Conversaciones con poetas andaluces)*. Vol. V. Sevilla, Editorial Guadalupe, 1994, p. 32.

<sup>6</sup> Fragmento de la lectura efectuada por el autor el 21 de mayo de 1966 en la Real Academia de Córdoba. Texto que aparecerá como introducción en la publicación titulada *Antología Poética*, que habrá de editar en 1968 la Real Academia de Córdoba, en la col. *Academia Poética*, 2. Córdoba, Real Academia, 1968, p. 12.

Embaulado en el ambiente fatídico de la guerra civil, Mario no permite que las adversidades horaden su ánimo sensible y noble y se posiciona afirmativamente para ocultar “un mundo dramático de soledades y elegías, de penetrantes percepciones e intuiciones de la realidad en que vive”<sup>7</sup>. Tanto Rafael León como Adriano del Valle conducirán sus diletantes pero no inseguros pasos por el camino de la humanidad y la esperanza, sentimientos que subyacían en el alma del poeta, a pesar de las atrabiliarias convulsiones de la contienda.

El ambiente bélico encuadrará gran parte de su primera producción poética aunque no anegará las cristalinas aguas de sus versos. La segunda guerra mundial lo mantendrá alejado de su tierra, en el norte de España, hasta que en el año 42 puede regresar a la guarnición de Córdoba y entra en contacto con el mundo cultural cordobés de la mano de Gabriel García-Gil, alférez de su unidad, quien le ofrece las páginas del diario *Córdoba* y le presenta a Ricardo Molina, bajo cuya estrella se concita un prolífico grupo de poetas, entre clamorosos y acallados, que agitarán las ascuas de la siempre viva y rica poesía cordobesa. Ricardo invita al advenedizo Mario a participar en las lecturas poéticas que, en torno a una copa de vino, se vienen desarrollando en una vieja taberna de la calle Morería. Juan Bernier, Julio Aumente y Pablo García Baena también escucharán los versos largos y familiares de aquel poema que Mario escribió en Ribas de Fresser en 1941, añorando el paisaje y sufriendo la ausencia de su tierra del Sur. Es ciertamente curioso que Mario no incluyera “El Ángel Custodio de Cañete de las Torres” en la *Antología Poética* que habrá de publicar la Real Academia de Córdoba en 1968, teniendo en cuenta que con la recitación de aquellos versos se conformaba el grupo cordobés que, en 1947, adoptaría el nombre de *Cántico* para titular la revista literaria, donde aparecerá este poema de tema angélico y evocación jammiana<sup>8</sup>; y sobre todo porque Mario había declarado en el prefacio de su segundo libro *Universo de pueblo*, publicado en 1960, que era un poema clave en una determinada etapa de su producción poética, por ser origen de aquella posterior revelación temática, producida tan lejos de Andalucía.<sup>9</sup>

Tendríamos que desentrañar el tejido externo que circunda la creación y recreación de los textos para comprender los porqués, a veces inextricables, de determinados hechos. Su interpretación nos llevaría a conclusiones tal vez no tan fascinantes como querríamos imaginar, pero ciertamente empapadas de ese hálito subjetivo y sugerente que caracteriza a cada ser humano y lo convierte, según el decir orteguiano, en esclavo y dueño de sus circunstancias.

Mario López sigue publicando poemas sueltos en la revista *Cántico* con cierta asiduidad; y en 1951 se arriesga a editar en Córdoba *Garganta y corazón del Sur*, libro al que Ricardo Molina reconoce, “por su originalidad y por su temática, único en la poesía joven española”<sup>10</sup>. Mario halla su más entusiasta reconocimiento en el grupo amigo de poetas de *Cántico*. Pablo García Baena reafirmará las palabras de Ricardo, anunciando que “ese libro excepcional” es “como una rama grávida de frutal plenitud en medio del griterío confuso de la poesía de ahora”<sup>11</sup>. Bernardo Víctor Carande, José Luis Cano, Fernando Quiñones, Juan Guerrero Zamora, Leopoldo de Luis, Luis Jiménez

<sup>7</sup> En ibidem, portadilla prólogo de Ricardo Molina a la antología citada.

<sup>8</sup> *Cántico. Hojas de Poesía*. Córdoba, octubre de 1947, p. 3.

<sup>9</sup> Véase el texto “Algunas consideraciones sobre mi obra poética”, en *Universo de pueblo*, Madrid, Adonais, 1960; y más tarde en la reedición ampliada con el mismo título que engloba toda la obra del poeta, seleccionada y prologada por Abelardo Linares, publicada por la Universidad de Sevilla -Colección de Bolsillo, número 77- en el año 1979.

<sup>10</sup> Ricardo Molina. Diario *Córdoba*, 18 de enero de 1952.

<sup>11</sup> Pablo García Baena. Diario *Córdoba*, 10 de febrero de 1952.

Martos y otras muchas voces ratificarán estos asentimientos.<sup>12</sup> En 1960, la prestigiosa colección "Adonais" de Madrid edita el segundo libro del poeta *Universo de pueblo*. El poeta sigue despertando pasiones medidas, que son las que perduran. Eugenio Solís, Dámaso Santos, Luis Jiménez Martos y muy especialmente Juan Bernier se refieren a él como un poeta maduro, ingénito, de purísima vibración humana y lírica.<sup>13</sup>

En 1965, siendo director de la Real Academia de Córdoba, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, Mario López es nombrado Académico Correspondiente de la centenaria institución, "como reconocimiento a la alta estimación de que gozaba en todos los círculos literarios andaluces y españoles"<sup>14</sup>. Ricardo Molina declarará jubilosamente que "la elección de Mario López para académico incorpora a la docta corporación una de las más egregias voces de la poesía cordobesa (y andaluza) contemporánea (...) Con Mario López entra en la Real Academia de Córdoba un torrente de vida y de inspiración".<sup>15</sup>

Ricardo expresa su anhelante deseo de escuchar el discurso de ingreso del nuevo académico en el recinto ilustre de esta sociedad centenaria; evento que acaece el día 21 de mayo de 1966, donde además de agradecer emocionadamente su nombramiento, interpreta los presupuestos vitales y estéticos de su expresión, intención y tensión poéticas. En este manifiesto deja constancia de la especial seducción que el paisaje suscita en su naturaleza y la perplejidad de su ánimo ante esa llamada inefable de la tierra que lo nutre. No hay más que contemplar el alrededor con los ojos del espíritu porque siempre surge una necesidad imperiosa de expresarse ante el "misterioso espectáculo de los seres y las cosas. Seres que nos circundan y cosas de las que tal vez no suele hablarse en la vida diaria y que, sin embargo, están ahí, tan claras como el aire que respiramos, con voz y sólo aguardando a ser nombradas un día por quien junto a ellas acierte a pasar con el corazón en los labios"<sup>16</sup>.

Pocas palabras tocan con tan singular viveza y calidez de fuego la esencialidad de la poesía. Cuando me reconozco admirador singular de Mario, estoy dejando que razón y corazón acuerden juntamente la intensidad de un poeta y la nobleza de un hombre. Así lo entendieron los académicos en aquel momento de la corporación, porque a los dos años de la lectura comentada, con acierto indiscutible que pondero y al que animo desde este púlpito, promovieron la edición de la primera *Antología Poética* de aquel académico correspondiente, natural de Bujalance, crisol apasionado y lastimero de esta tierra del Sur, cuya voz antigua y verdadera en el dolor y en el amor transcribe<sup>17</sup>.

Los textos seleccionados por Mario López para su primera antología serían ilustrados por un grupo especialísimo de espléndidos artistas plásticos. Un magnífico retrato del poeta, firmado por el genial López-Obrero, introduce la obra. Dibujos de profunda inspiración lopeciana inauguran cada uno de los cinco capítulos que componen el libro. Pedro Bueno, Miguel del Moral, Antonio Ojeda, Antonio Povedano y Francisco Zueras, quien tiene además para el poeta las más encendidas expresiones de admiración y ánimo<sup>18</sup>, refrendan este reconocimiento propicio.

<sup>12</sup> Véase el libro de José María Ocaña Vergara, *Mario López, un poeta de Cántico*. Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1991, pp. 30-32.

<sup>13</sup> Véase *ibidem*, pp. 34-35.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>15</sup> Portadilla citada de Ricardo Molina en *Antología Poética* de Mario López, *op. cit.*

<sup>16</sup> *Antología Poética*, *op. cit.*, p. 12.

<sup>17</sup> Impresa en Córdoba, la *Antología Poética* de Mario López ocupará el número 2 de una colección autóctona desaparecida.

<sup>18</sup> Léase de Francisco Zueras el artículo titulado "Mario López, ese gran poeta", publicado en el diario *Córdoba* el 3 de diciembre de 1968.

La antología se inaugura con una selección de poemas del primer libro de Mario, *Garganta y corazón del Sur*. Diecinueve de los treinta poemas que componen el libro son antologados<sup>19</sup>. Sorprende la ausencia de “El Ángel Custodio de Cañete de las Torres”. Quedan también excluidos dos poemas aparecidos en la entrega número seis de la revista *Cántico* ilustrada por un dibujo de Manuel Aumente<sup>20</sup>: “Calle al campo” y “El pueblo remoto”. Este último aparecerá con el título “El pueblo sin nombre” en las *Hojas de poesía* del año 48. Dos poemas más conformarán la participación de Mario en esta edición de la revista: “La última casa”, que no será incluido en ningún libro posterior<sup>21</sup>; y “Agua quebrada (Pozo de la Media Mujer)” que ya no volverá a encontrarse con ese epígrafe, sino con el de “Casida de la Venus Salobre”, aunque ciertamente aquel primer poema no sea más que un referente ideal del que aparecerá posteriormente, cuya escritura ha perdurado<sup>22</sup>.

En la *Antología Poética* figuran cinco de los ocho textos que conformaron el grupo titulado “Poemas de la Campiña”, aparecido en la segunda entrega de *Cántico* en diciembre de 1947<sup>23</sup>. Víctor García de la Concha considerará el conjunto de estos poemas como lo más notable de aquel número de la revista. Todos los poemas de esta serie han sido retocados. El poema “Sequía” aparecerá con el título “Oración de Otoño” y en él se sustituirá el segundo hemistiquio del decimotercero verso “donde ya no hay llanto” por la variante “que nos quema el llanto”, mucho más rotunda, real y conclusiva. En el poema “Los ecos”, el sinónimo “taladores” remplazará al primitivo “cortadores”, ambiguo y genérico. Dos son las permutaciones en el poema “Albada”: Las “amapolas lejanas” quedarán convertidas en “débiles luminarias”, mudándose la voz “tremendo” por “incierto” para designar el oteador fantasma de la sierra. De estos tres poemas dirá Aleixandre que son un buen ejemplo de ese “penetrante deseo de la naturaleza” que empapa los versos del poeta y “les da temprano carácter”<sup>24</sup>. Severas transformaciones sufrirá el poema “Cacería”, donde las “huellas, que la niebla del barranco no podía borrar con lirios...” habrán de convertirse en “huellas presentidas hacia el borde del barranco entre la niebla...”; y entre otras sutiles novaciones gramaticales de fútil importancia<sup>25</sup> aquellos “lirios” desvanecidos en la versión segunda vendrán a herbecear sobre los “álamos” de la edición primera. El mayor número de rectificaciones lo encontramos en el poema “Tormenta”, que en *Cántico* aparecería con el título “Tormenta de final de verano”: la estructura de los poemas se modificará sustancialmente deviniendo

<sup>19</sup> Véase la obra citada de José M<sup>a</sup> Ocaña, donde se relacionan 30 poemas. En la edición del libro *Universo de Pueblo* de Mario López, cuya selección y prólogo corren a cargo de Abelardo Linares, aparecen veintiocho poemas; no encontraremos ni el titulado “Comentarios” ni el titulado “Rogativas” (Que, sin embargo, curiosamente relacionará en la segunda parte del prólogo de *Universo de pueblo*, *op. cit.*, cuando va a referirse concretamente a “La poesía de Mario López”, p. 20), que se incorporará en la edición de la obra completa de Mario, titulada *Poesía*, en Córdoba, por la Diputación Provincial, el año 1997, con prólogo de Guillermo Carnero.

<sup>20</sup> *Cántico. Hojas de Poesía*. Córdoba, nº 6, agosto- septiembre, 1948, p. 86 de la edición facsímil editada en Córdoba por el Servicio de Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial, 1983.

<sup>21</sup> Aunque aparecerá encuadrado con el mismo epígrafe general de *Garganta y corazón del Sur*, por lo que entendemos que debiera haber pensado inicialmente en este poema como parte de la obra y finalmente decidió no incluirlo.

<sup>22</sup> Confróntese los poemas de los que hablo. El primero en la edición facsímil de *Cántico* (Véase nota 20 del trabajo), y el segundo en la antología citada de Mario que analizamos, pp. 33-34.

<sup>23</sup> Facsímil de *Cántico*, *op. cit.*, Córdoba, diciembre de 1947, pp. 24-25.

<sup>24</sup> Fragmentos de la carta autógrafa de Vicente Aleixandre al poeta Mario López, reproducida en gran cantidad de sus libros.

<sup>25</sup> “Pero” se convierte en “mas”, ciertamente más literario; y se añade el adverbio “aún” en el antepenúltimo verso.

los versículos en metros endecasílabos y alejandrinos; versos completos se trasmudan, y así “las salas donde respiran los viejos retratos familiares...” se convertirán en “salas donde el tiempo no cuenta en los relojes”, empapando con todo el mismo clima la densa melancolía de los textos; Sierra Nevada cambiará su blancura luminosa por el filo anfractuoso de las Sierras de Cabra; y en el último párrafo del poema, la fantasía se filtra en el espejo condensando con disímiles registros una imagen romántica, fotográfica antes y cuajada ahora de sensibilidad y de poesía. Los otros tres textos de estos “Poemas de la Campiña” tan ponderados asimismo por García de la Concha, “Lejanía de Córdoba”, “El Ángel del Atardecer (Paisaje de invierno)” y “Plaza de toros en otoño” nunca serán incluidos en libro alguno.

De los diecisiete poemas que conforman *Universo de pueblo*, se antologan catorce, un alto número teniendo en cuenta el precedente que probablemente responde a esa necesidad mórbida de rescatar nuestra memoria más cercana. De ellos, cuatro aparecerán publicados en la segunda época de la revista *Cántico*<sup>26</sup>. En el número cinco, de inspiración mariana, Mario dedicará a José Luis Cano su “Geórgica de Nuestra Señora del Campo”<sup>27</sup>, una oda panteísta a la presencia de la Virgen en la efusión de la naturaleza. En la entrega octava, de tono orientalista, Mario publica el evocador poema “Casa del Recuerdo”<sup>28</sup>, pleno de nostalgia y grandeza; Ricardo Molina apunta certero al corazón y a la razón cuando afirma que “Mario, pintor de vocación, domina con sutileza de dibujante japonés el arte del paisaje”<sup>29</sup>; ese paisaje conocido, de impresiones y objetos cotidianos donde, según afirma Guillermo Carnero, Mario López percibe el desolador paso del tiempo<sup>30</sup>. En el número doble monográfico dedicado a Luis Cernuda<sup>31</sup>, el académico publicará “La sangre”, un impresionante poema marcado por el signo de la elegía y el velado aguijón de la angustia; en la *Antología Poética* va a eliminar la penúltima estrofa de versos blancos que ciertamente destempla el tono lancinante y febril de una composición circular y contundente<sup>32</sup>. Para la siguiente entrega, igualmente doble y extraordinaria, en torno a la poesía cordobesa de aquel momento y como homenaje al Ilmo. Alcalde de Córdoba, don Antonio Cruz Conde, Mario López, nuestro poeta amable y doliente, da a la imprenta el “Ubi sunt de Muchacha Lejana”<sup>33</sup>. El universal interrogante sobre el destino de los seres marca uno de los ejes centrales en la poesía de Mario. Asiéndose a la trascendencia, Mario entronca con la poesía elegíaca de Manrique y de ella extrae el símil río-vida que no en el mar sino en Dios desemboca: “¿Qué ríos, nuestras vidas, que en Dios no desembocuen...?”

Diferente carácter tienen los tres apartados restantes del libro: “Siete canciones”, “Cal muerta. Cielo vivo...” y “Otros poemas”. Hemos de considerar que, en todos los casos, se trata de poemas inéditos porque no hemos hallado anteriormente referencia alguna, salvo excepción del poema “La ola (1912)” que aparece en la revista número dos de la segunda época y en la *Antología Poética* la encontramos con no insustanciales

<sup>26</sup> La última publicación de la primera época de *Cántico* corresponde al número 8, diciembre de 1948-enero de 1949. La segunda época se inicia en Córdoba, en abril de 1954; constará de 13 números y terminará de editarse en 1957.

<sup>27</sup> *Cántico*, op. cit., II época, nº 5, diciembre de 1954-enero de 1955, p. 248.

<sup>28</sup> *Ibidem*, nº 8, junio-julio 1955, p. 320.

<sup>29</sup> Ricardo Molina, prólogo de la *Antología Poética* de Mario citada.

<sup>30</sup> Cfr. Guillermo Carnero en el prólogo de *Poesía*, op. cit., p. 25.

<sup>31</sup> *Ibidem*, nºs. 9 y 10, agosto-noviembre 1955, p. 386.

<sup>32</sup> *Ibidem*. Confróntese con la página 47 de la *Antología Poética*.

<sup>33</sup> *Ibidem*, nºs. 11 y 12, 1956, p. 427. En *Antología Poética*, pp. 62 y 63.

variaciones<sup>34</sup>: Así veremos cómo los versos “Si perdiste la fama, el nombre incluso/ y el amor de la brisa..., ¿qué galerna...” van a convertirse en “Si tu dispersa crin quedó en la brisa/ del tiempo, diluida, ¿ en qué galerna...”; y cómo la última estrofa, contenida entre paréntesis, en la nueva versión queda liberada. Julio Calviño Iglesias considera incluso que la tercera y cuarta secciones son las más notables de todo el libro<sup>35</sup>. Esta *Antología Poética* se constituye así en un libro de doble rendimiento y complejidad de contenido. Por una parte, será antología de lo publicado por Mario antes de esta fecha; por otra, obra en sí que contiene tres nuevos grupos de poemas originales, no reeditados después en volumen aparte sino con carácter antológico<sup>36</sup>.

El tercer capítulo de la *Antología Poética* lo compone el conjunto de textos que el poeta titula “Siete Canciones”, ciñéndose número y epígrafe a análoga coincidencia. La naturaleza, prosopopéyica y enigmática, se yergue como un animal vivo que respira y late; que reclama, violenta y triste, ese antiguo derecho de la fertilidad y la pureza.

El cuarto recibirá el sugestivo título de “Cal muerta. Cielo vivo...”, once poemas escritos como el dolor indeleble sobre la piel y la piedra, identificación o antinomia del hombre y la tierra donde habita en una relación a veces cainita, siempre demoledora; once textos inaugurados por uno de los poemas más certeramente analítico y antonomástico en la producción del poeta bursabolitano: “Pueblo. Vista general” cuya evocación fática nos subyuga: “El pueblo al sol./ Cal desnuda./ (...) Y el universo, girando./ Mundo./ Andalucía./ Pueblo...”.

El apartado quinto “Otros poemas” es un singular reflejo de las afinidades del poeta, ya en la declaración afectiva de lugares y hombres (A Córdoba, a La Campiña, al Ángel de la veleta, a un torero de Écija, al afamado pintor Rafael Zabaleta), ya como cristalino diccionario de autoridades (Juan Valera, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, Fernando Villalón, Federico García Lorca, El Duque de Rivas y el único no andaluz, Agustín de

<sup>34</sup> El primero y más evidente es la sustitución del título “La Ola” por el que aparece “La Lola”. No lo considero en el trabajo por entender que se trata de un error tipográfico ajeno a la voluntad e intención del poeta.

<sup>35</sup> Véase la *Antología poética. Grupo Cántico* de Julio Calviño Iglesias. Madrid, Editorial Alhambra, 1988.

<sup>36</sup> En este sentido he de advertir que existen evidentes ambigüedades, si no contradicciones, en la relación de ediciones antológicas y reseñas críticas publicadas del poeta. Así, desde que apareció la *Antología Poética*, algunos de los estudiosos de la poesía de Mario López han incurrido en el error de considerar los apartados tercero, cuarto y quinto de esta obra como publicaciones separadas, editadas este mismo año o posteriormente. Adviértase, por ejemplo, cómo Rafael Vargas, en la obra citada del año 1994, señala como libros del poeta *Siete canciones* (1968) y *Cal muerta. Cielo vivo...* (1969); y esto mismo vuelve a repetirse en 1997, en la recopilación de la obra del poeta por la Diputación Provincial de Córdoba, titulada *Poesía*, p. 367. En todos los demás casos que he tenido ocasión de confrontar, esto no ocurre. Así ni Abelardo Linares en 1979 (*Universo de pueblo, op. cit.*), ni Antonio Rodríguez Jiménez (*Ante nueve poetas de Córdoba*, Córdoba, Cajasur, 1988, p. 87), ni José María Ocaña (*Mario López ..., op. cit.*, 1991), ni en las breves antologías de la Generación del 27 (Málaga, 1992) o del Ayuntamiento de Córdoba (*Seis poemas. Cuadernos de la Posada*, 1993), ni siquiera el propio poeta en 1996 (*Tiempo detenido*, Córdoba, Cajasur, 1996, p. 45) reflejan estas ediciones fantasma que sólo pueden referirse a aquella importante publicación académica donde se encuentran por primera vez y corporativamente algunos de los poemas más significativos de la producción de Mario. En la *Antología Poética de Bujalance* (Córdoba, Diputación Provincial, 1985) es donde se confirma con mayor validez este aserto evidente. Bien relacionadas las obras del poeta, se seleccionan tres poemas de la *Antología Poética* que realmente pertenecen a los apartados originales del texto, así “Pueblo. Vista general” y “Última Geórgica” se integran en “Cal muerta. Cielo vivo...” y el poema “Al Ángel de una veleta” en la sección última titulada “Otros poemas”. Y sin vacilación alguna en la edición de la Universidad de Sevilla, donde Abelardo Linares manifiesta claramente la realidad de lo que afirmamos.

Foxá<sup>37</sup>), huella de deudas y lecturas literarias, diría Abelardo Linares<sup>38</sup>. Este testimonio íntimo culmina la antología, que bien pudiera haber adoptado cualquier nominación, porque si en lo académico responde a su nomenclatura por ser selección escogida de textos, en lo pragmático ciertamente admite posibilidades diversas<sup>39</sup>. Poco importa esta acotación filológica cuando lo realmente valioso es la palabra como testimonio de vida; la palabra esencial y confortante; la palabra que pretende “revelar la verdad de esa lucha por detener el tiempo, que es, en definitiva, la que origina el impulso creador del Poeta”<sup>40</sup>; sobre todo de un poeta irrepetible como Mario López a quien tan justa y necesariamente, esta noche, rendimos homenaje.

---

<sup>37</sup> Agustín de Foxá, conde de Foxá, escritor nacido en Madrid en 1903, fallecido en 1959.

<sup>38</sup> Abelardo Linares, *ibidem*, p. 22.

<sup>39</sup> En *Universo de pueblo*, *op. cit.*, coordinada por Abelardo Linares se respeta este mismo orden, aunque el prologuista suprime en el último apartado el poema “A un torero de Écija”; texto que volverá a recuperarse en la recopilación última de las obras del poeta, titulada *Poesía*, también citada, que prologará Guillermo Carnero. En ella, como se ha dicho, además de esta edición de la Real Academia se relacionarán como libros los que no son más que secciones, indicando sólo fecha de edición. En esta citada antología de la Diputación Provincial, hemos comprobado asimismo que los textos incluidos en el apartado “Otros poemas” se han unido al anterior “Cal muerta. Cielo vivo...”, configurando una unidad, a la que se data en 1969, sin lugar ni editora, un año después de la *Antología Poética* que comentamos.

<sup>40</sup> Mario López. Discurso de ingreso publicado en la *Antología Poética* citada, p. 12.